

## Nuestro hombre y la Gorda

Nuestro hombre, con el rostro iluminado y casi en éxtasis, me hablaba de la Revolución. No de revolución, con erre minúscula, sino de la Revolución, así, con mayúscula y artículo. La mayúscula se percibía al oírse la pronunciar. Y no de la Revolución francesa, la de 1789, ni la de la española de 1868, ni de la rusa, sino de la Revolución. Era para él un concepto místico; esto es: misterioso. Y cuando le decíamos que se está haciendo una revolución se exaltaba replicándonos que es contra la otra. Y todo se le volvía: «Tiene que venir la Gordal».

¡Los años que hace que venimos oyendo hablar de la Gordal! Desde que enflaqueció siendo el que esto escribe un niño, la otra Gordal, la del 68. Y sobre todo desde treinta años después, desde 1898. ¿La Gordal o la Obesa?

Cuando nuestro hombre se calmó empezamos a examinar las posibilidades de la Revolución mayúscula, del parto de la Gordal. Parto, por la gordura de la cría, peligroso para la madre. Pero nuestro hombre se mostraba dispuesto a todo, hasta a la operación cesárea. «Salga la hija, aunque tenga que morir la madre», decía. Y le replicábamos que la muerte de la una lleva la de la otra, y que de un cadáver, aunque sea reciente, no se saca un ser viable.

Empezamos a examinar las posibilidades de la Gordal. Primero por fuerza armada. Hoy, que el pueblo está en armas, el otro pueblo no puede armarse contra él, contra sí mismo. Aquello de las barricadas es ya un mito. En valerse del pueblo en armas, del ejército, no hay ni que pensar. Porque no sería el pueblo mismo el que se rebelara. La Gordal no hay que esperarla ni del ejército de Marruecos: si tiene que volver de una vez con aquéllo deshecho. Sería el Annual interior y nada más. Se está a la vez organizando otro ejército, un ejército de privilegiados y de mercenarios — veteranos muchos — junto al otro y hasta, si el caso llegara, frente al otro.

Examinamos las huelgas, y sobre todo aquel espantajo de un tiempo, aquello que se llamó la huelga general. También esto fué con mayúscula: Huelga General. Y se ha minusculizado. El apoliticismo sindicalista ha hecho desaparecer el fantasma de la huelga general. Y con la sucesión de huelgas parciales económicas no viene Gordal alguna. Lo que vienen son las flacas.

Nuestro hombre se desesperaba. «Este país no tiene remedio», nos decía. Y miraba al cielo, buscando en las nubes el trasunto de la Gordal.

Entonces le dijimos: «Eso que usted busca puede llegar, acaso está llegando. Ese fantasma mítico y místico de la Revolución no le deja a usted ver revoluciones que se están cumpliendo, no le deja ver nuestra revolución. Y ésta la hacen mejor doce hombres que, sin compromiso previo ni programa de partido, coinciden en una acción conjunta para un propósito concreto e inmediato, que no doce mil o 120.000 que se organicen para traer la Gordal. Eso hay que esperar de individualidades y no de muchedumbres. Las revoluciones más honradas las ha hecho un hombre solo. Pero un hombre, todo un hombre, nada menos que todo un hombre. Y las ha hecho cuando los demás ni se percataban de ellos».

Nuestro hombre, concretó, personalizó. Y entonces hubimos de decirle: «No será menester echarle; se tendrá que ir!» «¿Aburrido acaso?», nos preguntó. Y le dijimos: «Cuando no tenga persona decente de que echar mano». Nuestro hombre nos miró con lástima; creyó que soñábamos. Y luego dijo: «Pero siempre habrá personas indecentes de que disponer.» No pudimos convencerle de que las personas indecentes no sirven para sostener lo que se viene abajo.

Nuestro hombre cree en la perfecta esterilidad del Parlamento, y nosotros, que nunca hemos escatimado las censuras al Parlamento, le dijimos que creemos en su eficacia. Y creemos en ella por lo mismo que los políticos que lo forman creen en su esterilidad. Lo que los políticos llaman esterilidad del Parlamento es su fecundidad. La revolución — con minúscula — española de hoy se está haciendo principalmente en el Parlamento. No es cierto que sean

estériles sus debates. Hasta los movimientos extraparlamentarios, las huelgas más o menos políticas, por ejemplo, adquieren valor y eficacia merced a la acción parlamentaria. El mismo supuesto apoliticismo sindicalista si logra algo es gracias a la acción parlamentaria. Y hasta se hacen movimientos para que repercutan en el Parlamento. Que, malo o todo, es el órgano central de la conciencia política de la nación. La suprema utilidad de ciertas agitaciones que sean discutidas allí.

Nuestro hombre no cree que la crítica pueda acabar con un régimen. Nuestro hombre no cree más que en la Gordal. Y cuando habla de ella mira a las nubes. Y si no hay nubes, si el cielo está despejado y claro, suspira. Diríase que la Gordal es una gran vaca lechera celeste y que las nubes son sus gigantes cubres. Y nuestro hombre abre el oído por si le oye mugir a la Gordal.

Nuestro hombre, por otra parte, está desengañado de los comités de los partidos electoreros. Y éstos, sin embargo, son los que ordeñan a la Gordal. Pero a la otra Gordal, a la verdadera Gordal, a la que no está en las nubes. Nuestro hombre ni es concejal revolucionario ni guarda de consumos. Nuestro hombre es un pobre hombre, y su Gordal es una pobre Gordal. Nuestro hombre acabará en apolítico, porque está asqueado de los ordeñadores. Y luego se enterará de que también los apolíticos ordeñan.

Miguel de UNAMUNO.

